

## DE UN MODO NATURAL

Entre la música de cámara, interior, y la ópera, el ejercicio total; entre el objeto y la explosión; entre la imagen y las palabras, los sonidos, las voces, los ecos. La obra de Pamen Pereira está hecha de oscilaciones, de síntesis, de viajes, de diálogos, de acciones y misterio. Con los años, se ha desplegado, se ha vuelto seductora, envolvente, pero sigue siendo mágica. El origen es el mismo que cuando se presentó en Madrid, hace ahora 30 años: una idea plasmada en un papel, un dibujo de trazo algo torpe pero preciso, un latigazo directo a la emoción. Como artista, Pamen Pereira es fulgurante y su obra tiene algo de caja de Pandora a punto de desvelar sus misterios.

Quien recuerde las obras de su primera individual madrileña recordará algunas que admitían ser vistas como objetos poéticos: pequeños, manuales, con formas y color, incluso peso. Obras para ser observadas, quietas, por más que formas vegetales y líneas anunciaban su intención de salir. Hace tiempo que han pasado de ser objetos poéticos a convertirse en actos poéticos. Las formas levitan, fascinadas y libres: representan la emoción, el gesto, el vuelo. Contienen y transmiten energía.

Pamen Pereira nació en Ferrol, como Gonzalo Torrente Ballester. En *La saga/fuga de J. B.* el escritor cuenta la historia de Castroforte del Baralla, la quinta provincia gallega, que no aparece en los mapas ni en la historia por la facultad que tienen sus habitantes de levitar cuando están preocupados. Ni los funcionarios que preparan el censo tienen noticias de su existencia: nada encontraron. Los objetos de Pamen Pereira levitan porque son energía, pensamiento, porque se olvidan del peso o porque asumen que en realidad son su voz poética, algo aéreo, tal vez frágil pero intenso.

Soy fan de Pamen Pereira, pero más de un trabajo que, siendo su prolongación, es independiente, levita. Ella es obstinada, persigue un imposible y nunca se rinde: ha sido capaz de conseguir que, al fin, los objetos floten sin necesidad de apoyos, por la presencia de energía, y se ha empeñado en atrapar un fragmento del mar más violento. Como un prestidigitador, todo lo hace ante nuestros ojos, lentamente, desplegando la obra. De un modo natural.

*Tampoco el mar duerme* titula una pieza mágica, cuya idea condensa en un dibujo frágil y emotivo. Pamen Pereira atrapa un fragmento de tempestad. Tal vez muchos piensen en sunamis y ciclogénesis, en escenas cinematográficas y expansivas, cuando en realidad es la síntesis del mar atrapado en el cuenco de una mano, la certeza de que vive y siente. Pamen Pereira lee poesía y se nota, se mece en pensamientos orientales y compromiso. Sabe lo que quiere: su mundo es la idea, el pensamiento poético, la imagen y el proceso. Recurre al apoyo de la ciencia pero la mira y seduce hasta llevarla a su terreno. La acuna, elige el fragmento, suspende la acción. La obra tiene algo de corazón de tempestad, pero el protagonista es el mar que la contiene.

*Jardín volador* es otro pensamiento feliz. El origen es un proyecto realizado en las Torres de Hedjuk, integradas en la Cidade da Cultura de Santiago de Compostela. Cuando Peter

Eisenman ideó su proyecto quiso hacer un homenaje al arquitecto amigo y rescató lo que hoy se conoce como las Torres Hedjuk, integrándolas en su conjunto. Las torres vieron crecer la obra y se mantuvieron como dos testigos mudos, un poco ajenos, solitarios, aislados del despliegue quizá sensual de la arquitectura de Eisenman. No levitan pero reivindican su lugar haciéndose las ausentes. Un día le pidieron a Pamen Pereira que interviniese en ellas y les regaló vida: un jardín suspendido, autónomo, volador, como corazón. Creo que debió quedarse allí pero se lo llevaron y hoy las torres vuelven a estar solitarias, pero tristes.

Pamen Pereira juega continuamente con la percepción: los encuentros imposibles entre objetos de los que hablaban los surrealistas se convierten en su caso en conversaciones entremezcladas de ecos, de susurros: *El mundo visible es solo una excusa VI* proclama una obra de encuentro entre materiales que desean entrelazarse, contradecirse y flotar: vértebras de vaca con alas de plomo revolotean y conforman una esfera suspendida sin tocar el suelo. La idea del movimiento suspendido, de los objetos atrapados por la inercia, levitando. *El caballo blanco penetra la flor de la caña* es el encuentro perfecto entre el asta de un ciervo y una flor de palmera, ensamblados como si ese fuese su destino natural, inevitable. En *El emperador*, la continuidad deja paso al voluntario choque entre un cráneo de bronce y una raíz de palmera invertida, en encuentro simbólico que remite al mundo del tarot. En *El tomillo* una montaña flota y con ella un manto de raíces, siguiendo la tradición de piezas aéreas, pero no pasa desapercibida *Ecuanimidad*, un sombrero que al fin levita. Pamen Pereira sabe que la imagen de ese sombrero de cera goteada con una vela encendida, aparte de ser una referencia histórica al trabajo del artista, como la chaqueta o los zapatos cargados de materia, es para ella un empeño recurrente, visible en dibujos de humo e instalaciones aéreas. Lo significativo es que cuando consigue que el objeto levite, sin apoyos, carga de intensidad el espacio vacío entre el objeto y la peana. Nos lo sitúa delante de los ojos, en primer plano: como la pausa, el ritmo de quien recita un poema.

Miguel Fernández-Cid

Texto Gallaecia Petrea

Desde que se da a conocer en la segunda mitad de los años 80, Pamen Pereira plantea un diálogo directo con la naturaleza, con el paisaje, con la relación entre arte y vida. Pasados los años, ha multiplicado su intensidad y su entrega, y si existe una variación clara en su discurso es que inicialmente le interesaban las manifestaciones exteriores del paisaje, a las que enfrentaba con sus propuestas, hechas de los mismos materiales a los que evocaba y cargadas de intención, de sentido, de lenguaje, de discurso, y ahora ha conseguido interiorizar la vivencia y la emoción ante las cosas, ofreciendo con frecuencia fragmentos de momentos álgidos. Como si tentara el lenguaje de la ópera y se atreviese a interrumpir la representación, a dejar una escena en suspenso, levitando en el aire y, de paso, convertirse en compañía de las obras, en espectadora cómplice, en observadora privilegiada. Un actitud en la que influyen mucho sus viajes a Oriente y su implicación con la cultura zen.

Lo curioso es comprobar que sus imágenes pueden reaparecer e integrarse en proyectos posteriores, como si estuviesen regidas por un impulso único, capaz de recorrer los espacios, de atravesarlos en movimientos curvos, siempre ascendentes. De ser autora de pequeñas piezas cargadas de sentido y emoción, pasa a proponer un ritmo, un discurso, un fluir secreto y misterioso. Las obras se pueden dividir de maneras diferentes y no deja de tener sentido separar las que se refieren al trabajo físico, en el taller, de las que evocan sus resultados. Unas tienen por referencia el suelo y comparten una escala humana; las otras pierden peso, ascienden, levitan, como si habitaran un sueño: el trabajo y las ideas, la reflexión y las emociones.

Pamen Pereira ordena su mundo a partir de lo leve, de lo aparentemente efímero, de la huella, del humo, del reflejo, del eco, de la sombra, de lo inmaterial. Obras que recrean el entorno cotidiano, en el que nacen las emociones, los viajes, las metáforas, en el que se unen realidad y fantasía. Al tallar su lecho en piedra, Pamen Pereira es consciente de que da sentido a que el resto de sus obras permanezca aérea. Además, de inmediato las acerca a su discurso, al definir las formas puras, limpias, sin ornamento accesorio, o al disponer sobre ellas una luz de intensidad y misterio.

Miguel Fernández-Cid